

ALFAGUARA



Juan Eduardo
Zúñiga

Capital de la gloria

Índice

Los deseos, la noche	11
El viaje a París	27
Los mensajes perdidos	43
Rosa de Madrid	57
Patrulla del amanecer	77
El amigo Julio	85
Las huidas	99
Anillo de traición	115
Ruinas, el trayecto: Guerda Taro	127
Las enseñanzas	171

Los deseos, la noche

—¿Vas a salir ahora? Ya es de noche, te puede ocurrir una desgracia —había oído la voz del padre, reducida su fuerza por llegar del fondo de la casa donde coincidía el ronroneo de la radio encendida y el tictac del reloj de pared.

Ella no le contestó, distraída en otros pensamientos, atenta a escuchar algo extraño, imprecisamente percibido, y dio un paso y se acercó a la ventana y oyó una voz distante, era una voz de mujer que cantaba en el patio, voz casi imposible en el atardecer frío y amenazado, una canción cuyas palabras se perdían, pero el tono apasionado atravesaba los cristales y, aunque en algunos momentos se esfumaba, volvía como una llamada pertinaz.

Atendió a aquella voz y salió de su casa cuando ya terminaba la hora de la luz y el horizonte en el alto cielo, sobre las casas, perdía su color grana y aparecían el violeta y el azul cobalto y así cada rincón de la calle por la que iba se velaba en sombras que pronto serían negrura.

Pensó que la canción era para ella, para una enamorada, que una persona desconocida se la hacía llegar, segura de que la escucharía y le infundiría un decidido ánimo.

Sin temor, Adela atravesaba los comienzos de la noche yendo en dirección al Palace, convertido en hospital de sangre, donde antes se celebraban *thé-dansants* y las parejas en la pista, rodeadas de las mesas con los servicios del té, se movían en una música lenta, y los cuerpos de los que bailaban se rozaban, y los hombres notaban las sinuosidades de la carne que llevaban abrazada, y las muchachas, las que no habían conocido aún mayores contactos, se ruborizaban al percibir el vientre activado del que las rodeaba con su brazo. Se propuso, la última vez que estuvo allí, no negarse a la solicitud que alguno le hiciera, e irse donde la llevara, dispuesta a experimentar lo que hacía tiempo deseaba.

Avanza la noche que siempre presintió acogedora del amor, convirtiendo en secreto cada acto posible en el arrebato de ser todo ciego y entregado. Cruza calles de inseguro pavimento, con ruidos solitarios de pasos que se alejan, y Adela repite las palabras del poeta, que murmura invocando tal realidad: «Es de noche, ahora despiertan las canciones de los enamorados, y también mi alma es la canción de un enamorado».

Por dos veces ha tropezado en un desnivel del suelo y se ha medio caído, pero a pesar del golpe en las rodillas sigue ilusionada y piensa que tal como va vestida no la habrían dejado atravesar el hall resplandeciente ni entrar al salón de baile, pero ahora sí podrá hacerlo.

Al salir del paseo del Prado se fija en unas luces de lámparas de petróleo y siluetas de hombres que colocan tablas para rodear los cráteres de dos bombas que cayeron cerca de la fuente de Neptuno, y les ve moverse como sombras en su tarea y no hace caso de algo que le gritan cuando pasa cerca, y mira el enorme edificio del hotel con el perfil de su tejado sobre un cielo levemente claro. Siente necesidad de llevarse la mano al lugar donde el corazón da su temblor alborozado, próximo el encuentro emocionante e intenso. Se dice para sí: «Ahora hablan alto las fuentes rumorosas y también mi alma es una fuente rumorosa».

Pero en la fachada no hay ni una luz ni una ventana encendida ni las farolas que siempre iluminaron la gran entrada: todo era oscuridad ante ella y tocó la áspera superficie de arpillera que le hizo entender que eran sacos terreros, puestos como protección, como los que encontraba por todos sitios, ante tiendas y portales, y bocas de metro y fuentes en los paseos.

Unas manchas de luz señalaban la entrada entre los sacos y penetró por un pasadizo en ángulo que desembocaba en el hall, tan conocido, pero en éste no había más que dos bombillas apenas iluminando sus amplias dimensiones y algunas personas que lo cruzaban: hombres con uniformes oscuros que hablaban entre sí y desaparecían en el fondo del vestíbulo.

Nada había allí que recordara el lujo: cajones y sacos apilados, las alfombras habían desaparecido y los olores del bienestar cambiaron a desinfectante en el frío ambiente.

Al centinela que estaba a la derecha y que parecía medio dormido, apoyado en una columna, le preguntó por Anselmo Saavedra. La respuesta fue que no podía pasar, pero ella insistió alegando algo confuso de que era su prima, algo sobre un herido, y al fin, él le dijo que le encontraría en el depósito del primer piso.

Subió por la escalera del segundo vestíbulo y se encontró en un ancho pasillo alumbrado débilmente, con puertas alineadas a ambos lados. Eran las habitaciones que ella sabía las más lujosas y cómodas de los hoteles de Madrid, con amplias camas, almohadas de pluma, discretas lámparas sobre los tocadores con espejos y frascos de perfumes. Una de las puertas estaba entreabierta y se atrevió a poner la mano en el pestillo y fue empujando despacio, con tensa curiosidad. En la cama vio la cabeza de un hombre que estaba cubierto hasta la barbilla por una manta azul; los ojos cerrados, respiraba anhelante, el pelo adherido a la frente, rubio como la barba; la luz venía de una lamparita sobre la mesilla de noche en la que había un vaso.

Quedó quieta, fija en él; luego se acercó y le pasó los dedos por la mejilla y el hombre no se movió, tenía un vendaje en el cuello.

Adela bajó unos centímetros la manta hasta ver que los hombros y la parte alta del pecho estaban cubiertos por vendas. Fue bajando la manta y descubrió el cuerpo desnudo; contempló su palidez, el vello rubio en el vientre, y se fijó con atención en el sexo que yacía entre las dos piernas.

Estremecida, volvió a subir la manta y retrocedió, pero la atraía volver y tocar el cuerpo inmóvil, poner la mano en los brazos, en las piernas que había visto huesudas; se contuvo y salió. En el pasillo, buscó el depósito y al final, un letrero pintado en la pared lo anunciaba, y por la puerta abierta vio a su novio inclinado sobre unas cajas, haciendo algo.

Le apretó las manos con las suyas y le susurraba:

—Amor mío —y no escuchaba lo que él decía, sólo atenta a la sensación de que la besaba en los labios y en el cuello, donde quedaba libre de la bufanda—. Vengo para amarte.

Ella le hablaba muy cerca y a la vez le rozaba con los labios las mejillas ásperas de una barba crecida. El hombre se negaba. No podía dejar el trabajo ni descansar, ni distraerse: faltaba el cloroformo, apenas quedaban vendas, no había bisturís bastantes, entraban continuamente heridos del frente de la Casa de Campo.

—Pero yo he venido para estar contigo, para que me beses.